

# Lealtad a las ideas

Delia Proenza Barzaga

Lo veo ahora, a seis años de su partida física, erguirse en una plaza de Moscú que lleva su nombre. Allá, donde, de haber podido, seguramente habría prohibido también los monumentos en su memoria.

Lo suyo no era, ya lo sabemos, el culto a la persona, sino la lealtad a las ideas, y esas —lo dejó claro desde su histórico alegato en el juicio por los sucesos del Moncada— ni mueren ni se matan.

Lo veo allí, en su traje verde olivo, raído, como sus botas; en posición de mando, completamente en movimiento. Y eso me dice que Fidel es del mundo, y que el mundo guardará para siempre al ser galáctico que nos tocó en suerte tener en este país-caimán, tatuado en la piedra bajo sus pies guerrilleros.

Lo veo, entonces, nuevamente, lanzándose de un tanque en medio del fragor de los combates de Playa Girón. Pero también lo evoco en la serenidad de un diálogo con su pueblo, hurgando en sus necesidades y preocupaciones, hablando bajo, tan bajo que apenas se le escucha; o mejor, escuchando, algo que sabía hacer como no muchos.

Lo imagino arrullado en el abrazo de un niño o una niña, con los ojos entrecerrados para sentir su beso; negado a que retiraran de su rostro los colores y el sudor que los infantes de La Colmenita de Tin Cremata le estamparon aquella noche divertida, porque antes quería disfrutarlo un poco más y mirarse al espejo.

Lo escucho en sus largos discursos nunca repetitivos ni aburridos, sino plagados de enseñanzas que, con cada día, mes o año cobran actualidad, y nos ayudan a seguir el rumbo que nos trazó con pulso claro y firme.

Siempre celebraré, como una bendición, haber nacido y crecido en la era de Fidel, pertenecer a uno de los ejércitos del que se tuvo por miembro: el de la prensa, al que le

encomendó relevantes misiones.

Fue el Elegido, sí, tal y como se le denominó no solo en el gremio, sino también por personalidades de otros ámbitos. Pero erramos al circunscribirlo exclusivamente a Birán, por donde vino al mundo, o a Cuba: Fidel fue y todavía sigue siendo el Elegido de toda una era, porque su obra de justicia rompió fronteras y se expandió, gracias a su espíritu visionario, a los más insospechados rincones del mundo.

Su mérito mayor, pienso ahora, no es haber liderado y dirigido una Revolución que rompió y aún rompe esquemas, sino demostrar, a través de ella y sus relaciones con el resto del planeta, que es posible un mundo mejor y que vale la pena perseverar en esa lucha.

Lo veo ahora, en una plaza de Moscú nombrada Fidel Castro, multiplicar su arremetida contra el adversario, que es, desde hace algún tiempo, también el de Rusia, un país donde su nombre ha estado siempre ligado al de Cuba.

Y entonces me viene a la memoria aquel juramento, plasmado en una esquila escrita el 5 de junio de 1958, que Celia Sánchez guardaría con celo hasta el final de la contienda bélica.

“Al ver los cohetes que tiraron en casa de Mario —escribió entonces—, me he jurado que los americanos van a pagar bien caro lo que están haciendo. Cuando esta guerra se acabe, empezará para mí una guerra mucho más larga y grande: la guerra que voy a echar contra ellos. Me doy cuenta que ese va a ser mi destino verdadero”.

Allá, aquí y en cualquier nación donde se luce por ideales de paz, justicia y soberanía plenas, estará siempre nuestro hidalgo, magnético y visionario líder, cuya vida no terminó la noche de aquel 25 de noviembre. Ni el llanto que siguió a esa fecha ni la nostalgia de no tenerlo entre nosotros podrán apagar su estrella de luminosidad incalculable.



Monumento erigido en la plaza Fidel Castro, del distrito de Sókol del noroeste de Moscú. /Foto: EFE

## Fidel es síntesis

Las ideas de Fidel Castro Ruz son el resultado de una extraordinaria simbiosis de lo mejor del pensamiento humanista universal y cubano

José F. González Curriel

En el centro de las más amplias y tormentosas polémicas sobre el bienestar humano está Fidel, como ha de estar quien deja huellas impercederas en todas las dimensiones de la naturaleza humanizada.

Absorbido por la Historia y empujado por ella al humanismo práctico de avanzada, el líder de la Revolución cubana es síntesis conciliadora que abarca las mejores maneras de acudir a la salvación, parado firme al final de una larga cadena que hilvana el pasado con el presente, no solo de su patria.

Tal vez por su formación universitaria, por su apego a la cultura o por las exigencias de su postura crítica ante los grandes cambios que sacudieron el devenir de la humanidad, el Comandante desenredó como nunca antes los hilos que han movido lo mejor del pensamiento de todos los tiempos y dio respuestas coherentes a las exigencias del momento.

José Agustín, Varela, Luz y Caballero, Céspedes y Agramonte, Martí y Varona, Mella y Baliño volvieron

con Fidel en su más radical apego al patriotismo como valor, a la independencia como condición, a la ciencia como razón, a la cultura como libertad, al sacrificio por el ser humano como la principal condición.

Similar a quien camina por patio propio explicaba de la sapiencia de los griegos, de las victorias de los romanos, de las hazañas de los bárbaros. Discursos hacía sobre los escolásticos, ejemplos usaba del Renacimiento y compromisos hizo con los ilustrados.

Pero fue en Marx y Martí que encontró Fidel el presupuesto mayor para el amparo; ese amparo que le vino a Cuba movido por sus compañeros de las aulas y la escalinata, los del Moncada y del Granma, los barbudos de la Sierra, los maestros de montaña, los de la fundación del Partido y los de tantas batallas.

Su mérito principal radica en haber liderado un proyecto constructivista y colectivista “para los humildes” en la misma medida en que buscó respuestas a similares problemáticas en otros momentos y lugares para mover a todo un pueblo en el duro camino de rehacer su historia.

Tan estremecedora huella nunca

tiene bendición en todas las miradas, pero siempre reconforta a las mayorías y atiza sus esperanzas.

Mérito mayor es forjar el bienestar de tantos en condiciones excepcionales de subdesarrollo, cercado por los enemigos declarados, para lo cual debió estar presto siempre a combinar las glorias con los llantos, ascensos y descensos, momentos buenos y momentos malos, pero a todo hizo frente. Anduvo atento y sabio, para hacer del “¡venceremos!” la aspiración mayor de los cubanos.

Por eso no murió Fidel en el pasado, porque galopa erguido en lo mejor de las personas, en el camino de cada niño hacia la escuela, en el pulso de cada médico que salva vidas, en el científico que se consume en el esfuerzo para alumbrarnos el presente y en cada rincón donde una sonrisa de esperanza nace de cubanas manos.

También en cada compatriota que, gracias a su obra, se empina en cualquier parte de este mundo, no importa qué camino haya tomado, no importa lo que diga de su tierra, no importa si está aquí o está allá, incluso algunos que los caminos del Caguairán abandonaron.

Pero al final, en cada una de

